

Como atestiguan las calas que hemos analizado, en las *relaciones* del siglo XVII ya se advierte cómo alguien es capaz de dar una estocada al toro y matarlo. No obstante, las herramientas más usadas en estas actividades eran los rejonos y las lanzas. Cuando un noble salía a enfrentarse con la fiera, iba acompañado por otro caballero, que hacía las veces de padrino. De este modo, si el noble sufría un percance, perdía el arma o era derribado de su montura, empeñaba su honor. Cuando no podía continuar la lidia normal, su padrino debía entrar en acción de inmediato, con el cometido de buscar al toro y hacerle una herida. No debía matarlo sino causarle una herida, con lo cual quedaba desempeñado el honor del primer caballero. En la lidia moderna pervive un eco de aquello: cuando el torero sufre un desarme por el toro, se considera un desdoro, porque su enemigo le ha arrebatado el engaño.

La literatura áurea testimonia este tipo de costumbres y abundan en ella los pasajes taurinos. En auge a partir del siglo XVI, la fiesta de toros se nos presenta como un fenómeno que interesa a diversos literatos, por ejemplo a Miguel de Cervantes. Ese vínculo de Cervantes con los toros se advierte en bastantes pasajes de su obra. Queda claro que vio fiestas y capeas, pero él no se retrata en sus escritos. De hecho, no puedo afirmar que le gustase la fiesta. Quizá cuando encaja tan perfectamente el léxico taurino en los diversos contextos lo hace sólo por curiosidad, pues le importa este aspecto del habla del pueblo. Resulta sintomático hallar en sus obras dichos populares («bramar como un toro», «verse en los cuernos del toro») y, junto al testimonio de las usanzas taurinas de la época, una fina burla de la lidia, como sucede en el *Quijote*.

El resultado de mis investigaciones acerca de esta cuestión fue un artículo de ensayo, *El léxico taurino en la obra cervantina*, en el cual clasificaba el material analizado en tres grupos: el léxico relacionado con las descripciones de las fiestas de toros, su ceremonial, suertes, armas y demás objetos; el léxico taurino en sentido figurado; y, por último, los refranes y dichos taurinos. Diversos ejemplos cabe traer a colación de cada uno de los apartados. Así, en la segunda parte del *Quijote*, un pasaje del capítulo XVII expresa la separación social existente en la práctica del toreo. Mientras los caballeros torear a caballo, el pueblo lo hace a pie y de forma tumultuosa. En este sentido, le dice Don Quijote a don Diego de Miranda:

Bien parece vn gallardo cauallero a los ojos de su rey, en la mitad de vna plaça, dar una lançada con felice successo a vn brauo toro.

La expresión *Ciertos son los toros* figura en la siguiente cita, procedente de la primera parte del *Quijote*, capítulo XXXV. Con ella, según indica la

Academia, «se afirma la certeza de una cosa, por lo regular desagradable, que se temía o se había anunciado»:

«¿No lo dije yo?», dixo oyendo esto Sancho. «Sí que no estaua yo borracho; ¡mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante! ¡Ciertos son los toros; mi condado está de molde!»

En la segunda parte, capítulo XIV, incluye Cervantes un refrán que, con ligeras variaciones, continúa en uso:

«Antes creo, Sancho», dixo Don Quixote, «que te quieres encaramar y subir en andamio por ver sin peligro los toros.»

Un conocido pasaje de la segunda parte, en su capítulo LVIII, alude a la conducción de ganado bravo:

Llegó el tropel de los lanceros, y vno dellos que venía más delante, a grandes voces començó a dezir a don Quixote:

«¡Apártate, hombre del diablo, del camino; que te harán pedaços esos toros!»

«¡Ea, canalla!», respondió don Quixote, «para mí no ay toros que valgan, aunque sean los más brauos que cría Xarama en sus riberas! (...)» No tuuo lugar de responder el baquero, ni don Quixote le tuuo de desuidarse, aunque quisiera; y, assí, el tropel de toros brauos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los baqueros y otras gentes que a encerrar los lleuauan a vn lugar donde otro día auían de correrse, passaron sobre don Quixote y sobre Sancho, Rocinante y el ruzio, dando con todos ellos en tierra, echándole a rodar por el suelo.

Por lo que concierne al léxico donde «bravo» hace referencia al «toro corrido», disponemos de unos versos del cervantino *Viaje del Parnaso*:

Otro que, al parecer, de argentería,
de nácar, de cristal, de perlas y oro
sus infinitos versos componía,
me dixo (brauo, qual corrido toro):
no sé yo para qué nadie me puso
en lista con tan bárbaro decoro.

Como Cervantes, también Lope de Vega permanece atento al lenguaje hablado y los dichos populares, y emplea el léxico taurino en varias de sus obras. Un ejemplo precioso lo hallamos en *Querer más y sufrir menos*, una comedia cuya autoría se le atribuye:

Leonor: ¿Celos pides, celos tienes?

D. Diego: ¡Celos tengo, celos pido!

Leonor: ¿De quién, D. Diego?

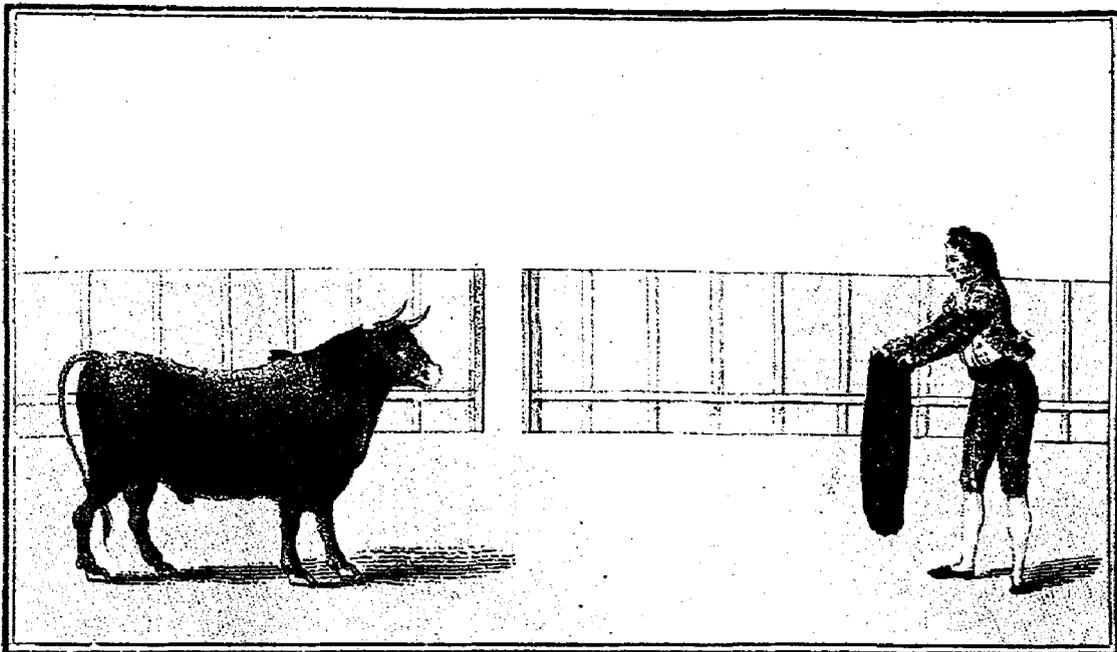
D. Diego: De quien
premiado y favorecido,
para pedirme un listón
me sacó, siendo mi amigo
al campo, donde me hallé
ni enojado ni corrido. (...)
¿No has visto un toro en el coso,
que acosado y combatido
del que le burla con tretas,
del que le irrita con silbos,
del que le ofende con hierro,
del que le ultraja con gritos,
del que roto y destrozado
entre sus golpes se ha visto
en los brazos de la muerte,
y apenas restituido
a la vida y al aliento,
busca segundo peligro?

Es innegable que estos versos suenan a Lope. Lo que no habrá es certeza de su autoría. No obstante, de no ser obra suya, él los ha debido retocar, pues conservan su impronta.

En contraste de lo que sucede con Lope y Góngora, atraídos por los toros y su retrato literario, a Calderón de la Barca está claro que le gusta más el caballo, un animal noble que ennoblece al caballero y que despierta el interés de la pintura y la escultura del siglo XVII. (Hay por entonces pocos lienzos de tema taurino y sus autores no son de calidad. No deja de ser curioso que la pintura del Siglo de Oro, interesada por ambientes cortesanos, ignorase el mundo de la fiesta brava.) En lo referido al temario taurino, Calderón se siente atraído por su aspecto más jocoso. Por lo que podemos hallar en sus comedias, da la impresión de que no se tomaba muy en serio aquello. No llega a movilizarse con la pluma contra los toros, como un antitaurino más, pero tampoco parece que le gustase la fiesta. Un adecuado exponente de esta postura del dramaturgo es el entremés titulado *El toreador*.

Al hilo de estos ejemplos, conviene destacar que la literatura de este periodo refleja muy bien el contexto de la fiesta. Cabe incluso hacer historia de los toros a través de las fuentes literarias y, de hecho, es un proyecto que posiblemente lleve a cabo, pero deteniéndome en la terminología

taurina. Será un libro de divulgación más que un libro técnico, porque el léxico taurino en la literatura no tiene tanto valor como el procedente de fuentes técnicas; es un léxico de creación, no fijado.



Primera suerte de capa con los toros boyantes.
Ilustración de *Tauromaquia o arte de torear*, de Pepe-Hillo (1804)